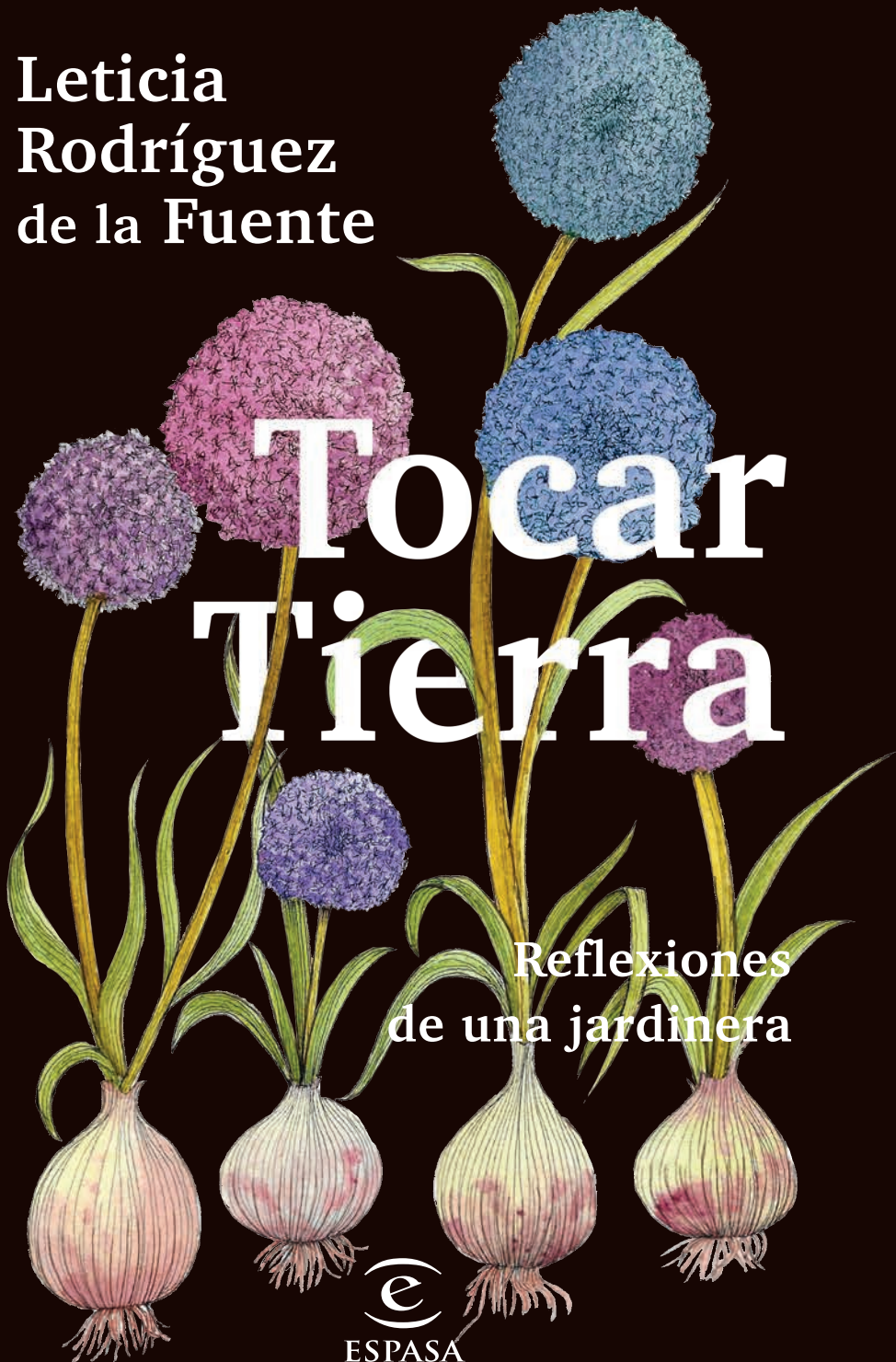


Leticia
Rodríguez
de la Fuente

Tocar Tierra

Reflexiones
de una jardinera




ESPASA

Leticia
Rodríguez
de la Fuente

Tocar Tierra

Reflexiones
de una jardinera

Ilustraciones
de Sena Cifuentes


ESPASA

Espasa

© Leticia Rodríguez de la Fuente Parmentier, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Diseño de interior: María Jesús Gutiérrez

Ilustraciones de cubierta e interior: © Sena Cifuentes

ISBN: 978-84-670-6970-9

Depósito legal: B. 7.173-2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice



Achillea

PRÓLOGO La semilla de la belleza. por Menchu Gutiérrez	10
REGRESO A CASA	15
MANOS A LA TIERRA	31
EL JARDÍN	49
LA IMPORTANCIA DE LLAMAR A LAS PLANTAS POR SU NOMBRE	73
EL HUERTO	81
MI REINO POR UN TUBÉRCULO	93
LAS PROTAGONISTAS	99
BIOGRAFÍA DE LA FLOR	115
EL CAMINO DE LOS AGRADECIMIENTOS	133
LA BELLEZA DE LO EFÍMERO	139
UN DÍA DE TRABAJO EN LA VEGA (EL HUERTO)	155
(...)	161
ALGUNAS DE MIS FLORES Y RAMAS DE CORTE	165
AGRADECIMIENTOS	189

REGRESO A CASA

Que fue un tránsito de amor queda
suficientemente claro: y el amor perseguido
con fervor es uno de los caminos hacia el
conocimiento.

NAN SHEPHERD

Arranca el año y la vida queda en suspenso a la espera de días más cálidos. La energía, tan activa durante las estaciones de primavera y verano, comienza ahora su descenso a las profundidades de la tierra, donde habitan las raíces.

Aprovecho esta época de quietud para hacer los caminos de gravilla que concebí cuando planté las islas de vivaces y gramíneas que rodean la casa. Caminos que no llevan a ninguna parte, simplemente invitan a pasear entre mis plantas y disfrutar de su belleza.

Bonita metáfora para estrenar el quinto año de vida de mi granja de flores.

La casa, pequeña y sencilla, donde nunca faltan sobres de semillas y libros de floricultura, parece una isla anclada en un mar de herbáceas, que se funden con un entorno, hilvanado por riachuelos y bosques de quejigos, *Cornus*, rosales silvestres y espino albar. También hay muchos chopos y nogales. El jardín ha sido concebido como un espacio para cultivar la mirada. Abierto, sin fronteras visuales y con vistas a la puesta de sol al fondo del valle, donde se puede vislumbrar un pequeño pueblo encumbrado en las montañas. Los grupos de arbustos perennes, pensados para dar estructura al jardín, conforman un tapiz, tejido por todo tipo de plantas y gramíneas, que completan el escenario, siempre en movimiento y le proporcionan interés todo el año con sus múltiples floraciones.

Los atardeceres en el porche de mi casa son sublimes. Si hay suerte, me acompañan los ladridos de los corzos. Después del paseo rutinario entre mis flores, me siento con un *gin-tonic* a contemplar el momento del día y me cautiva ver cómo lo que antes era un pedregal arcilloso con algunos frutales, se va transformando año tras año en un pequeño oasis de vida. A medida que doto de contenido el paisaje que abarca mi mirada, voy despojando de ruido mi universo interior. Tan vasto y vacío que da vértigo. Y observo que trabajar mi jardín me ayuda a asomarme al precipicio de mi vacuidad sin miedo.



Peonia



Pero antes de perderme, viajemos en el tiempo a las experiencias que desencadenaron este viaje sin retorno a la tierra.

Mi tierra.

Siendo una niña, tuve la suerte de experimentar uno de los momentos más plenos y satisfactorios de mi infancia. Fue cuando decidí podar y sanear todas las jardineras de geranios moribundos que tenía mi abuela Marcelina (la madre de mi padre) en la calle Cádiz, en Santander. Debía de tener unos nueve años. Al ver semejante espectáculo de decadencia, tijera en mano, podé y limpié todos y cada uno de aquellos esqueletos vivientes con un amor infinito y la confianza plena de que mi trabajo iba a dar buenos resultados. Tenía la certeza de que solo yo podía rescatar a esas pobres plantas de un final seguro. Y así fue. Como también fue que la vida quiso que me olvidara de mí para dedicar la mitad de mi existencia a la búsqueda inconsciente de aquella niña que fui, una niña que se había ido con su padre para no enfrentarse al vacío y a la profunda desconfianza en el futuro que su súbita pérdida supuso para ella. Es lo que en psicología llaman desconexión de uno mismo.

Pero como la existencia es sabia y generosa, te vuelve a poner en el camino el elixir de los dioses, para que pueda germinar la simiente de aquello que

verdaderamente está en ti y no se borre de tu memoria lo que te hace vibrar, conectar y sentirte viva.

Y así ocurrió cuando visité por primera vez Great Dixter, en el este de Sussex. Construida en 1910-1912 por el arquitecto Edwin Lutyens, pasó a ser la casa familiar del escritor y jardinero Christopher Lloyd, que dedicó gran parte de su vida a convertir su proyecto de vida en uno de los jardines más emblemáticos de Inglaterra, donde gramíneas y vivaces conviven con anuales y bulbosas.

Yo tendría unos diecinueve años. Aquel jardín y sus perros fueron un auténtico descubrimiento para mí. La sensación de plenitud y pertenencia resonaron con aquello que ya experimenté el famoso día de los geranios. Sentí una dicha insólita y profunda y supe que algún día acabaría viviendo en un jardín en el campo rodeada de teckels y flores como Christopher Lloyd. He regresado a Great Dixter muchas veces. Es casi una visita obligada cada vez que voy a Inglaterra y nunca me defrauda.

Aun así, y a pesar de una trayectoria profesional de diez años en el mundo del arte, la creación de dos empresas y una fragilísima salud de hierro, acompañada de una acuciada incomodidad vital, todavía tendrían que pasar otros veinticinco años para que finalmente esa niña volviera a casa.



Una nunca sabe por qué se dan las cosas, pero tengo el convencimiento de que cuando la vida te brinda la oportunidad de conectar con aquello que hay en ti, antes o después, cuando estás preparada, la semilla germina y nunca te abandona. Y así ocurrió cuando un aburrido día de agosto, divagando sobre la vida en el sofá de mi casa, se me ocurrió la brillante idea de vender lo que más me gustaba comprar: flores.

Los libros también han sido y siguen siendo mi perdición, pero en ese preciso instante me dio por las flores.

Al poco tiempo me tropecé con una antigua pescadería en un mercado en el centro de Madrid que estaba cerrada y en venta. En aquella época, el mercado de Antón Martín, que todavía no se había puesto de moda, me encantaba por su decadencia y autenticidad, aunque lo que más me cautivó fue el nombre de uno de los puestos: «Pescadería Félix». Estaba claro, era un guiño del destino, por no decir de mi padre, como muchos otros que me iría haciendo a lo largo del camino. Después de instalarnos en el puesto, llegó la primera factura de agua, todavía a nombre del antiguo propietario: Félix Rodríguez.

Cuando empecé, no tenía ni idea del negocio ni del arte de la floristería, pero soy creativa y tenía muchas ganas de aprender. Fueron siete años de mucha actividad,

en los que el mercado y Flowrs, mi marca, se fueron consolidando y poniendo de moda en paralelo. Ahora veo que fue un trayecto necesario para aprender practicando y poder desarrollar mi propio estilo creativo.

Empecé a viajar a Inglaterra, mi segunda casa, para estudiar con floristas que me interesaban y que hacían un trabajo muy diferente al que se veía en España, país con muy poca cultura floral en aquel entonces, dicho sea de paso. Digo segunda casa, porque pasé mi juventud en un internado, aborrecido por el rey de Inglaterra en su infancia, a una hora de Aberdeen, al norte, en la costa de Escocia. Tendrían que transcurrir unos cuantos años, pasando por la Universidad de Reading, para que finalmente regresara a España.

Se quedaba al frente del negocio mi mano derecha, y ahora queridísima amiga, Beatriz. Por alguna extraña razón, Beatriz siempre se ha embarcado en todas mis locuras. Empezando por el día que nos conocimos en el parque del Buen Retiro. Yo paseaba con la pequeña Cósima, que no llegaba al año. Bea se acercó entusiasmada a abrazar a la cachorra y tras una corta conversación entre deportistas enardecidos y mucha agua, porque llovía, Bea en su bici y yo a pie, sentí de inmediato que sería el apoyo que necesitaba para cuidarla, cuando me ausentara en alguno de mis múltiples viajes. También le prometí que le regalaría una



Allium

hija de Cósima, llegado el momento. A la semana de conocernos me iba a Londres, y Cósima, como era de esperar, aterrizó en su casa a pasar unos días. Ahora Cósima tiene trece años y Bea convive con Bruna, una preciosa teckel color canela. Su hija.

Volviendo al puesto del mercado, yo me iba y venía con la tranquilidad de que dejaba la tienda y a Cósima en buenas manos. A raíz de mis múltiples visitas a las islas, entendí que, para poder trabajar con un estilo silvestre y desestructurado, necesitaba conseguir flores imperfectas, con personalidad. Las que no se encuentran en el mercado industrial. Estaba claro que tendría que cultivar las mías porque no había nadie que lo hiciera en España.

Contribuir al cuidado del planeta reduciendo las emisiones de CO₂ y el uso de pesticidas me animó a meterme de cabeza en el cultivo sostenible de flores orgánicas y de cercanía. Cultivaría para suministrarme a mí misma y a todos los profesionales del sector en Madrid que apreciaran su unicidad y que creyeran, como yo, que tenemos una responsabilidad con el planeta que habitamos y que solo está en nuestras manos cuidarlo. Ganar más dinero no justificaba destruir lo que nos pertenecía a todos.

Empecé alquilando una parcela en el sur de Madrid, en concreto en la zona de Perales. Aunque estaba sola en esta nueva aventura, tuve la inmensa suerte de contar

con la ayuda y el apoyo de mi conserje, por decir algo, porque Fernando es un pozo sin fondo, donde habitan múltiples facetas e intereses, velados por una modestia y educación exquisitas. Aparte de ser melómano, apasionado de los pájaros y la naturaleza, está siempre dispuesto a echarme una mano, y me aguanta, que tiene mérito. También aguanta las visitas diarias de Simona, que todas las mañanas, cuando regresamos del paseo, se para en su garita, camino al ascensor, a exigir su dosis diaria de nueces, que Fernando, con suma ternura, le acerca a los morros, pinchadas en una varilla de metal mientras insiste sorprendido en lo delicada que es la perra.

Siempre le agradeceré que tuviera la osadía de brindarse como mi ayuda de cámara. Fue la mano de obra indispensable en el terreno y el interlocutor con quien compartir inquietudes, ideas y dudas. Juntos sacamos adelante durante dos temporadas el pequeño cultivo de flores destinadas a la venta, en mi puesto de flores, en el mercado de Antón Martín. Ya no está a pie de obra, pero sigue deslomándose, cada vez que aterrizo delante del portal con mi furgoneta hasta arriba de cubos con agua y flores, para echarme una mano. Su ayuda ha sido y sigue siendo imprescindible. ¡Un lujo para el que no tengo suficientes palabras de agradecimiento! Y como en el cuento de la lechera, una cosa llevó a la otra hasta

que vi claro que necesitaba poseer la tierra en la que desarrollar mi proyecto. Alquilar ya no era una opción. Esto me condujo a una obstinada búsqueda de la tierra prometida. Le pedía a mi padre que me diera una señal, porque por más que buscaba no la encontraba, aunque la tenía delante de mis narices, tan solo a unos pocos kilómetros de La Matilla, nuestra segunda casa en La Alcarria.

Tuve la suerte de disfrutar con mi familia de una infancia asilvestrada, rodeada de naturaleza, muchos perros, gallinas y la huerta de mi madre en La Matilla, nuestra casa de campo familiar en La Alcarria.

Era el refugio de mi padre, adonde se escapaba, cuando se lo permitía el trabajo, a descansar con su tribu.

Solo atravesábamos la linde de nuestro oasis de encinas, para trotar por los caminos interminables de los campos de trigo y cebada, tras el vuelo majestuoso de sus halcones peregrinos, cuando practicaba el arte de la cetrería, que era muy a menudo. Esos mares amarillos de horizontes infinitos, silencio y quietud, troquelaron la mirada de una niña que no entendía de fronteras ni límites. Si podíamos seguir el vuelo del halcón sin perderlo, todo era posible en la vida. Creo que esta experiencia tuvo un efecto determinante en mi carácter.

Siempre he hecho lo que he sentido sin miedo y siempre poniendo el alma en ello.



Cosmos

Recuerdo que en ese tiempo ya apuntaba maneras. No contenta con el huerto familiar, decidí tener el mío propio y lo que cosechaba se lo vendía a mi madre, quien me seguía el rollo para no disgustarme, porque me tomaba a mí misma muy en serio. Mi madre siempre me dice que yo debo de tener sangre fenicia por alguna parte. Ahí es donde empecé a manejar la azada y a trabajar una tierra, que ya anunciaba la que tengo ahora, arcillosa y con muchas piedras. Precisamente, gracias a esas piedras, en una de las múltiples ocasiones en las que me ocupaba de retirarlas, descubrí una punta de lanza de sílex rosa. Todavía recuerdo el entusiasmo con el que mi padre aseveraba que estábamos encima de un asentamiento prehistórico.

Todavía recuerdo tu olor a monte, a jara. ¡A vida silvestre!

Pasa el tiempo en un abrir y cerrar de ojos y hace seis años, un día cualquiera de mayo, a Feliciano, el guarda de La Matilla, se le había roto el tractor y me ofrecí a llevarle a su casa en Fuentes de la Alcarria, un pequeño pueblo alcarreño encaramado en una loma rodeada por la hoz del río Ungría. Aún retengo en la retina el espectáculo que se desplegó ante mis ojos. Recuerdo que me acompañaba Beatriz, mi escudera, como la llama mi madre. Cautivada por tanta exuberancia de verdes y agua protegidos de las áridas

tierras de La Alcarria, la cogí de la mano y le dije: «He descubierto mi sitio en el mundo y no pararé hasta que encuentre el terreno donde poder cultivar mis flores». Lo que todavía no sabía era que ese lugar se convertiría en mi proyecto de vida, un oasis sostenible, con mucha agua.

Ese día, tuve la clara sensación de que había llegado a puerto, por lo que no dudaba que, antes o después, lo que parecía una quimera era ya una realidad esperándome a la vuelta de la esquina. Me recuerdo recorriendo el valle en mi coche todas las semanas, con la esperanza de encontrar una señal que me guiara a mi destino.

Y así fue.

En una de esas visitas al valle, localicé a la persona que me pondría en contacto con una serie de posibles vendedores, con los que me fui entrevistando sin éxito. Tuve que dar todas esas vueltas para descubrir, una vez más, que tenía la tierra prometida delante de mis narices. El hermano de Feliciano, nuestro guarda en La Matilla, me vendió su tierra. Una parcela de mil quinientos metros cuadrados que, curiosamente, linda con la casa de mi primera interlocutora y ahora amiga y vecina. Un terreno salpicado de frutales con mucha tierra. El sitio perfecto para diseñar las parcelas destinadas a mi proyecto y, por supuesto, a mi casa y el jardín. Siempre

hay que pagar un precio para valorar lo que nos está esperando.

Tal era mi entusiasmo y motivación que, a lo largo de cinco años, fui comprando las parcelas de al lado y transformé una hectárea de arcilla con piedras en un pequeño vergel. Tengo que decir que en ningún momento tuve claro cuál iba a ser el diseño definitivo del lugar. Todo ello se fue dando, a medida que fui ampliando y aprendiendo a habitar poco a poco las distintas zonas del terreno, según mis necesidades. Ahora puedo afirmar que tengo un terreno en el que cultivo flor orgánica y disfruto del cuidado de un jardín naturalista, donde hay espacio para trabajar, descansar y disfrutar del silencio y de los míos.





Dalia